

Un verano en Orlando: Reflexiones sobre un viaje

por Deepak Lamba Nieves

Transitar por Orlando significa enfrentarse a unas experiencias duras que pueden evocar sentimientos contradictorios, agrídulces. Para los que fuimos en busca de datos etnográficos que nos sirviesen de material académico, la nueva meca de la diáspora isleña--que en los ochenta va perdiendo su referente como parador mágico para convertirse en parada obligada de la guagua aérea--fue un destino espinoso donde el aura de fantasía se desvanecía en un instante para revelar prácticas ásperas de supervivencia transnacional.

Al igual que en el mito de la expedición de Juan Ponce de León hacia la Fuente de la Juventud, son muchos los que salen hacia la Florida en busca de una mejor vida, llena de oportunidades y lejos de la podredumbre provinciana. No obstante, para algunos, la experiencia dista mucho de ser totalmente placentera y se convierte en una brega incesante que se maneja con un discurso que raya entre la negación y la justificación tipo "a lo hecho, pecho." Otros, se instalan sin reparos y encuentran su lugar en el mundo, cerca de Mickey Mouse y Carlos Arroyo, disfrutando de las supuestas ventajas del primer mundo que han fabricado, sin tener que "masticar el difícil".

II. La práctica del vaivén es muy común para los boricuas, según nos explica el antropólogo Jorge Duany en su libro *The Puerto Rican Nation on the Move*. En ese constante bandeo, principalmente entre los Estados Unidos y Puerto Rico, se configuran nuevas identidades a partir de un entrecruce cultural que desdibuja las fronteras tradicionales y redefine contextos espaciales. Es decir, la migración circular se ha convertido en un fenómeno importante que trastoca las definiciones duras y osificadas del discurso nacionalista en torno a la puertorriqueñidad y nos presenta oportunidades para redefinir la geografía de lo patrio a través del sujeto transnacional.

No obstante, la migración a la Florida central de nuestros días no es la misma que se dio a Manhattan o a Hartford a mediados del siglo XX. En la era de Manos a la Obra, la migración al norte sirvió como una herramienta de desarrollo económico. La sobrepoblación, la carencia de trabajos y la escasez de ingresos atentaban contra la transición del monocultivo a la industrialización. Se exportó mano de obra excedente que alimentó las líneas de ensamblaje y las brigadas de recolectores agrícolas en diversos enclaves norteamericanos mientras se recaudaban remesas monetarias que aliviaban

la pobreza en un país que intentaba remozar sus instituciones económicas y redefinir la relación política con su colonizador. En aquel entonces, el acto de brincar el charco se enmarcó y promovió como parte de una política desarrollista; era necesario abrir la válvula de escape para poner en marcha un proyecto modernizador.

Aunque los primeros boricuas que llegaron a la Florida formaron parte de los programas auspiciados por el gobierno isleño para trabajadores agrícolas en los cincuenta, no fue hasta los sesenta y setenta, gracias a la especulación de bienes raíces propiciada por la apertura de Disney World, que se empezó a registrar una presencia puertorriqueña en el área. Mientras el proyecto económico del ELA empezaba a dar señales de desgaste, se abrían oportunidades de empleo e inversión en el estado más cercano. Cuentan las historias que en los ochenta, los pasillos de Plaza las Américas se veían invadidos por agentes de bienes raíces ofreciendo viviendas a precios de remate en la Florida central. Los *infomercials* en los canales locales resaltaban la vida en urbanizaciones tipo *resort* con accesos a los parques de diversión bajo un manto de tranquilidad que contrastaba con la vida en Puerto Nuevo, Bayview y Levittown. Era posible escaparse de la recesión económica, las altas tasas de desempleo y el crimen desmedido que atentaban contra las expectativas de una clase media que se iba desentendiendo del destartado proyecto muñocista. Mientras la generación de los tomateros salía escoltada de la mano por el gobierno, los nuevos expatriados abandonaban el terruño huyendo de la ingobernabilidad y los desajustes de la mal administrada postindustrialización.

III. Nuestra encomienda, a primera vista, resultaba ser sencilla: documentar la experiencia boricua en Orlando desde una óptica espacial. El equipo de arquitectos y planificadores, compuesto por profesores y estudiantes, reconocía que éste no sería el típico peregrinaje a las ciudades majestuosas del mundo desarrollado en busca de glamour y vanguardia. En más de una ocasión, mientras analizábamos datos del Censo y mapas del territorio, nos cuestionamos la pertinencia del proyecto para luego reafirmar lo evidente: existe un Puerto Rico en Orlando y viceversa. Siguiendo la tesis del geógrafo alemán, Karl Schlögel, en el espacio podemos leer nuestro avance por el tiempo. La travesía arrojaría pistas sobre los patrones de asentamiento que anhelamos y los que hemos manufacturado, las nuevas experiencias culturales que hemos consumido

y, por consiguiente, lo que está por venir. Así las cosas, atravesamos los condados de Orange, Seminole, Volusia y otros más en *minivans* por las largas autopistas y avenidas. Visitamos numerosos suburbios, entre ellos Buenaventura Lakes --la urbanización emblemática de la experiencia puertorriqueña de cuello azul en Orlando, también conocida como BVL o Boricuas Viviendo Libre-- buscando entender, a través de sus casas y vecindarios, cómo se derrama la mancha de piátano y dónde se cuajan los sueños de una mejor vida y *upward mobility*. Nos topamos con casas adornadas con la monoestrellada, estatuas de la Virgen de Fátima y el Sagrado Corazón de Jesús, carros trepados en cuatro bloques encajados en el patio frontal y varios canastitos de básquet incrustados en las aceras públicas, entre otros detalles estilo *kitsch* que le daban color a lo que, de otra manera, pudiese haber sido un cementerio crudo y anónimo.

Si bien la estética de algunos hogares alimentaba nuestra idea de los clichés del boricuismo en el exilio, los conversatorios con la comunidad nos revelaron otros lados de la historia. En más de una ocasión, nos hablaron de los cambios en sus lifestyles y las ventajas de vivir en un lugar donde las reglas del juego no ceden ante la jaibería. El acceso a buenas escuelas públicas, viviendas a precios razonables y centros comerciales y de entretenimiento de todo tipo se mencionaba como razones de peso para montar una nueva vida fuera de la isleta.

Sin embargo, a medida que soltaban la lengua, nos contaban sus peripecias. Algunos nunca se imaginaron que la búsqueda de un empleo duraría más de seis meses, a pesar de su preparación académica, y que tendrían que empatar la pelea lavando carros, cuartos u oficinas y chiripiando. Para muchos, la casita, el carro, las visitas al mall y las necesidades de la familia se pagan con el sudor de más de un trabajo a tiempo parcial y completo. Orlando posee una economía de servicios, cuenta con la mayor cantidad de habitaciones de hotel luego de Las Vegas y recibe sobre 52 millones de turistas al año. Aunque hay camas para tanta gente, la industria del turismo necesita muchos obreros de servicio para sustentarse. Ése es precisamente uno de los oficios que muchos de los recién llegados tienen que asumir, con poca seguridad de empleo y menguados beneficios marginales.

Claro está, también se fugan los cerebros que caen con paracaídas, los que viven en Baldwin Park o Celebration y disfrutan de una vida en el *small town*. Protegidos por *restrictive covenants*, estos residentes de los barrios saneados del Nuevo Urbanismo se defienden de la improvisación arquitectónica y se aíslan de la cotidianidad bulliciosa en espacios meticulosamente higienizados que se nutren del orden estatutario para aislar a la chusma. Ahí residen los que pueden financiar el sueño americano agrandado.

Anuncio publicado en el periódico El Nuevo Día, 5 de diciembre de 1998
Advertisement published in El Nuevo Día newspaper, December 5, 1998

COME WORK FOR DISNEY AND DISCOVER A WORLD OF OPPORTUNITIES.



Disney is hiring now! Which means you have the opportunity to celebrate the New Year with a new career and new opportunities to live and work in Central Florida, one of the fastest growing areas in the United States.

We have immediate openings for full-time and part-time positions such as Lifeguards, Custodial, Housekeeping, Merchandise and more, with great pay starting at \$9.25 and higher.

We also have exciting full-time selected positions available in Hospitality Management and Food & Beverage Management including Culinary, with excellent salary and benefits packages.

Central Florida offers an excellent quality of life, moderately priced homes and apartments, exceptional public schools, and beautiful weather.

We will be in San Juan, Puerto Rico December 3 - December 5, 1998. So you may call immediately to begin the interview process. Just call 407-828-1000 and press one to be considered for the magical opportunity.



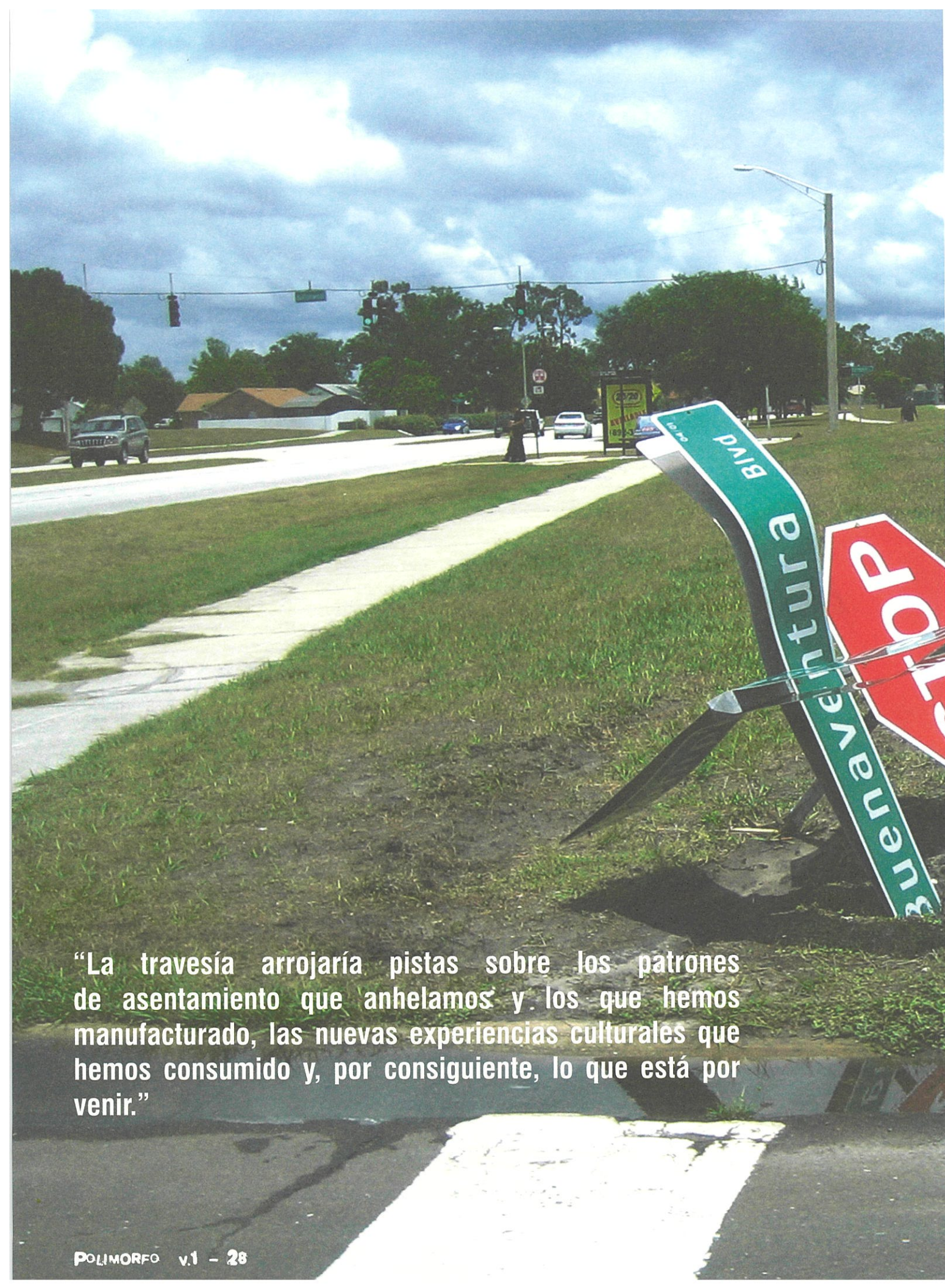
Discover a World of Opportunities at Disney.

This search is available to all who wish to live and work in Central Florida. For more information, call 407-828-1000. Press one to be considered for the magical opportunity.

IV. Hoy se está redactando un relato distinto. El mercado hipotecario estadounidense, que facilitó la compra de miles de hogares relajando sus criterios de evaluación y abriéndoles las puertas a clientes con historiales crediticios dudosos, ha explotado en pedazos. Durante el 2007, la avalancha de préstamos morosos desencadenó una crisis profunda que impactó severamente al mercado de propiedades, a numerosas instituciones bancarias y, por consiguiente, a la economía de los Estados Unidos.

El estado de la Florida, junto con California, Michigan y Nevada, es uno de los más afectados. El año pasado, sobre 160,000 propiedades estaban en la mirilla de la ejecución hipotecaria. Más preocupante aún resulta ser el impacto negativo que la crisis ha tenido en el fondo de inversión del gobierno estatal, que ha sido capitalizado con inversiones millonarias de los pensionados, distritos escolares y numerosos contribuyentes. En otras palabras, el Sunshine State no brilla como antes.

Aunque no sabemos cuántos compatriotas en la diáspora sufren de los subprime blues, las víctimas de la debacle incluyen a muchos hispanos que por vez primera pudieron comprar un hogar. ¿Volverán a sus orígenes aquellos que vencieron a la geopolítica, pero fueron derrotados por el mercado? Seguramente, el vaivén continuará. Por ahora, Orlando tiene su lugar asegurado entre los destinos principales para el exilio voluntario. Sin embargo, es muy probable que en el futuro surjan nuevas coordenadas con otras condiciones espaciales y experiencias socioeconómicas donde se entrecruzarán las comunidades transnacionales de Puerto Ricans, Nuyoricans y Floriricans. ■■■■■■



“La travesía arrojaría pistas sobre los patrones de asentamiento que anhelamos y los que hemos manufacturado, las nuevas experiencias culturales que hemos consumido y, por consiguiente, lo que está por venir.”



A Summer in Orlando: Reflections on a Voyage

I. To travel around Orlando means facing harsh experiences that can evoke contradictory, bittersweet feelings. For those of us who went searching for ethnographic data that could be used as academic material, the new Mecca of the Island's diaspora – which in the eighties started losing its reference as a magic kingdom to turn into the mandatory stop of the airbus – it was a thorny destination where the aura of fantasy vanished instantly to reveal rough practices of transnational survival.

Just like the mythical expedition of Juan Ponce de Leon looking for the Fountain of Youth, there are many who go to Florida in search of a better life, full of opportunities and far from provincial decay. Nevertheless, to some, the experience is very far from being completely pleasant and turns into an endless struggle managed with a discourse that lies between negation and justification such as “*a lo ñeño, pecho*”. Others get settled without complaints and find their place in the world, near Mickey Mouse and Carlos Arroyo, enjoying the supposed advantages of the first world they have fabricated, without having to “*masticar el difícil*”.

II. The practice of coming and going –also known as *el vaivén*– is very common for the boricuas, as explained by anthropologist Jorge Duany in his book *The Puerto Rican Nation on the Move*. In this constant movement, principally between the United States and Puerto Rico, new identities are configured through a cultural cross pattern that erases the traditional frontiers and redefines spatial context. In other words, the circular migration has turned into an important phenomenon that changes the hard and ossified definitions of the nationalist discourse on Puerto Ricanism and presents opportunities to redefine the geography of the fatherland through the transnational subject.

Nevertheless, the migration to Central Florida in our times is not the same as the movements to Manhattan or Hartford in the middle of the 20th Century. In the times of the “*Manos a la Obra*” government program, the migration to the north served as a tool for economic growth. Overpopulation, lack of jobs and shortage of earnings threatened the transition from agriculture to industrialization. The exceeding laborers were exported to feed the

assembly lines and the agricultural brigades in several North American enclaves while monetary remittances were collected to alleviate poverty in a country that tried to modernize its economic institutions and redefine the political relationship with its colonist. At that time, the act of crossing the ocean was encased in and promoted by a development program; it was necessary to open the escape valve in order to implement the modernizing project.

Even though the first *boricuas* that arrived in Florida did it as part of the programs sponsored by the Island's government for agricultural workers in the fifties, it was not until the sixties or seventies, thanks to real estate speculation propitiated by Disney World's opening, that the Puerto Rican presence started to be felt in the area. While the economic project of the Commonwealth started to show signs of wear, opportunities for employment and investment opened in the nearest state. Some say that in the eighties, real state agents offering houses at liquidation prices in Central Florida invaded the aisles of Plaza Las Americas. The infomercials in local channels glorified the ways of life in these resort-type developments with access to the amusement parks and a peaceful atmosphere that contrasted with life in Puerto Nuevo, Bayview, and Levittown. It was possible to escape the economic recession, the high rates of unemployment and the crime wave that beset the expectations of a middle class that was washing its hands of the rickety *muñocista* project. While the generation of tomato workers left the island led by the government's hand, the new expatriates abandoned their land fleeing the ungovernability and economic imbalance of a badly managed post industrialization.

III. Our commission, at first glance, seemed simple: to document the *boricua* experience in Orlando from a spatial view. The team of architects and planners, composed by professors and students, recognized that this would not be the typical pilgrimage to the majestic cities of the developed world in search of glamour and vanguardism. In more than one occasion, while we analyzed the Census data and maps of the territory, we questioned the relevance of the project to later reaffirm the evident: there is a Puerto Rico in Orlando and vice versa. Following the thesis of German geographer, Karl Schlögel, the spatial realm would provide hints about our transformations through

time. The journey would give us clues about the settling patterns of what we yearned for and what we manufactured, the new cultural experiences we have consumed and, consequently, what is yet to come.

Thus, we crossed the Orange, Seminole, Volusia and other counties in minivans through long expressways and avenues. We visited numerous suburbs, among them Buenaventura Lakes – the emblematic urbanization of the blue collar Puerto Rican experience in Orlando, also known as BVL, or “Boricuas Viviendo Libre”—looking to understand, through their houses and neighborhoods, how they spread the *mancha de plátano* and where they congeal the dreams of a better life and upward mobility. We ran into houses adorned with the Puerto Rican flag, the *monoestrellada*, statues of the Virgin of Fátima and the Sacred Heart of Jesus, cars lifted on four cement blocks and placed in



